
UNA IMPRESIÓN PERSONAL

César González Muñoz

Agradezco al Profesor Alberto Supelano por sus comentarios a una versión preliminar de este ensayo.

Resumen

González Muñoz, César, "Una impresión personal", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 115-125

Jesús Bejarano y el autor de este artículo compartieron estudios de economía en la Universidad Nacional en Bogotá. A esto siguió una amistad de toda la vida, con períodos de distanciamiento. Este ensayo presenta una impresión personal de Chucho. Como la mayoría de sus amigos de juventud, Bejarano fue producto de la universidad pública y, en particular, del ambiente cultural y político de la Universidad Nacional en los sesenta y setenta. Mantuvo cierta distancia de los debates políticos e ideológicos de esa época. Su espíritu independiente y su actitud crítica serían rasgos personales en toda su vida y su carrera como profesor universitario, estudioso de la teoría económica, historiador, consultor en temas e instituciones agrarias, presidente de la Sociedad Colombiana de Agricultores (SAC), analista de los conflictos sociales y armados colombianos, Consejero de Paz y Embajador. En todas esas actividades, Bejarano se distinguió como un brillante intelectual liberal, serio estudioso de la realidad e incasable crítico de la falta de pertinencia y realismo del pensamiento social contemporáneo.

Abstract

González Muñoz, César, "A personal impression", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 115-125

Jesús Bejarano and the author read economics together at the National University in Bogotá. A lifelong friendship followed, interspersed with periods of mutual absence. This essay provides a personal impression of Chucho. Like most of his friends of youth, Bejarano was decidedly influenced by public education and in particular by the cultural and political environment of the National University in the sixties and seventies. Bejarano kept himself aloof with regard to the political and ideological debates of the time. His independent and permanently critical mind was to be his personal seal throughout his life and career as university lecturer, economic theorist, historian, consultant on the agrarian society and institutions, president of the Colombian Society of Agriculturalists (SAC), analyst of the social and armed conflicts of Colombia, Special Advisor to the President of Colombia for Peace Affairs. In all those fields Bejarano distinguished himself as a liberal intellectual, a hard working student of reality and a restless denouncer of the lack of pertinence and realism of contemporary social thought.

I

Conocí a Jesús Antonio Bejarano Ávila en enero de 1967, en un salón de clase lleno de primíparos del primer piso del edificio de Economía de la Universidad Nacional en Bogotá.

Tuvimos nuestro último encuentro en septiembre de 1999, en la Universidad Externado de Colombia. Llovía a cántaros, y la dignidad nos impedía correr hasta nuestros automóviles. Rodeados de un estropicio de estudiantes mojados, hablamos de la nueva revista de economía institucional, fundada por iniciativa suya, de sus planes de viaje, de su curso en la Nacional y de mi incursión en la consultoría. Acordamos reunirnos la semana siguiente, después de clase, para pasar una tarde sibarítica. Nunca llegó para nosotros esa tarde.

Fueron casi 33 años de una parábola de amistad en ocasiones muy estrecha. Con largos intervalos de distancia. Distancia geográfica. Distancia de rutinas asincrónicas; distanciamientos políticos de coyuntura. Llanamente, gocé de su afecto. Su muerte me ha causado gran desolación.

II

Chucho, como la mayoría de sus amigos de juventud, fue producto de la universidad pública. No solamente en un sentido cultural o pedagógico (en las aulas o en el foro) sino en un sentido más amplio. Sin la Universidad Nacional, sin el buen azar de haber pasado el examen de admisión, nuestras vidas habrían sido muy distintas. Para Chucho, llegar a ser estudiante de la Nacional fue casi un asunto de supervivencia. Su asesinato coincidió con su segunda entrada a la universidad, a la que se refería con su típico entusiasmo reticente. En 1967, la ciudad universitaria era un *campus* abierto donde florecía la diversidad. Había una cafetería que servía tres comidas, un gran salón de ajedrez, pista de esgrima en la Facultad de Artes, residencias universitarias, jardín de

Freud, nadaístas y *happenings* escatológicos; prados y setos incitaban al romance; en el estadio, al lado de los atletas, se entrenaban algunos postulantes a reclutas del Ejército de Liberación Nacional; la revolución cubana era joven y bella; el Che Guevara no era aún un fetiche *kitsch*; Camilo Torres era —mártir ya— un guerrillero heroico. Marx, Lenin, Trotsky, Mao eran estandartes de inspiración y división en los debates políticos. Ya era escasa la presencia de los partidos liberal y conservador en la vida universitaria, pero la impronta ideológica y cultural conservadora seguía viva. La asonada de 1965 contra el candidato presidencial Carlos Lleras Restrepo, en la Facultad de Derecho, fue un signo del cambio de ánimo político de los estudiantes.

La izquierda, alojada en el poder dentro del claustro, replicó durante varias décadas el viejo talante confesional de la educación en ciencias sociales. Los iconoclastas entronizamos nuevos íconos. Había textos peligrosos, 'políticamente incorrectos' se diría en los ochenta, algunos por estar escritos en inglés (el francés era *in*, como Althusser). En el campo marxista, abundaban las condenas *a priori* de autores desviacionistas o pequeño-burgueses...

A mediados de 1967, el Ejército Nacional entró en la ciudad universitaria después de dos días de pedrea; detuvo centenas de estudiantes. Varios primíparos de Economía nos ganamos un primer carcelazo. En ese entonces, los carcelazos eran dulces. En las mañanas repartieron café con leche y pan en las instalaciones militares de Puente Aranda. Chucho, claro, se mantuvo lejos de los disturbios. Ésa habría de ser su norma de conducta: independencia y desdén por el 'heroísmo' que, según él, sólo era falta de reflejos.

Ése era el paisaje en que se movía Chucho Bejarano en sus días de universitario, eterno morador de las residencias Gorgona, sumamente pobre, presto a la celebración etílica y alerta a cualquier oportunidad erótico-amatoria, dudoso imitador de "El Jefe", Daniel Santos. Era distinto en varios sentidos a sus compañeros; dos o tres años mayor, provenía de un ambiente más abierto, más estudioso y quizá menos apegado al círculo familiar. Los colegios San Simón y Tolima de Ibagué tuvieron para él un significado bien diferente al de la secundaria de la generalidad del grupo. Tenía más lecturas en literatura, filosofía, historia. Era, además, un consumado jugador de billar y un ajedrecista brillante. Que yo sepa, poco tiempo le dedicó después a ejercer estos oficios. El mundo de Chucho adolescente era un mundo más ancho.

La pedagogía dura, la formalidad del *currículum*, el saber y la sabiduría de los profesores, conformaban un paisaje menos interesante que el agitado ambiente universitario. Cuán difícil fue meterle el diente al "aparato conceptual de la economía" y al librito azul de Maurice Dobb, "Introducción a la Economía", en el curso del querido profesor Alfredo "el pollo" Sarmiento, a quien había que ir a buscar cada vez que a las *fuerzas del orden* les daba por invadir los domicilios de gentes de izquierda. El Señor Dobb, de paso, nunca obtuvo un título profesoral en la Universidad de Cambridge, Reino Unido, por ser miembro del partido

comunista británico, pese a sus grandes contribuciones a la historia y a la teoría económica. En todas partes se cuecen habas.

El formalismo, la 'cultura de manual' y del dictado eran las características de la enseñanza. Ferguson en micro, Ackley en macro, eran, si acaso, el *summum* de la lectura en esas dos áreas de la carrera. Lo demás era asunto de tomar apuntes y hacer dos o tres ejercicios de 'aritmética avanzada', según la descripción de Bejarano (doce años más tarde, escribió que Ferguson, Ackley y Chandler seguían siendo los textos utilizados en la Facultad. Ya entonces criticaba su falta de actualidad pero creía, con razón, que un buen texto de introducción a la teoría era indispensable).

Recuerdo un episodio muy diciente; andábamos por allá en cuarto semestre. Discurríamos en la cafetería con Chucho y otros más. Un compañero llegó entusiasmado: se había topado con un libro muy interesante, de "un tal Keynes", que exponía una teoría general y parecía dar una nueva dimensión a la macroeconomía que enseñaba el profesor Daza. Algunos de nosotros, que habíamos ido un poco más allá leyendo a Alvin Hansen, Sir John Hicks y dos o tres capítulos de la *Teoría General*, estallamos en risas. Chucho le espetó al recién iniciado un par de rudezas verbales.

El incidente del "tal Keynes" dio origen a un juego de genios inexistentes, oscuros y esclarecedores. Fue famoso un mítico Profesor Von Neumann. Chucho escribió un par de cortos e ilegibles ensayos de ese maestro fantasma.

Estudioso y bien calificado, Chucho fue desde el comienzo un constante crítico de la mediocridad de la enseñanza, principalmente fuera del salón de clase. Gustaba lucir sus ironías y sarcasmos en círculos más bien cerrados. Mi memoria no contiene un Chucho estudiante-orador.

Tal era su condición en esa época: observador comprometido sólo con sus propias visiones, displicente con 'la práctica'. Asistía a clase, escribía los exámenes y los aprobaba sobrado; en privado, hacía duros comentarios sobre el ambiente pedagógico y, a veces, en clase, estallaba en convulsiones irreprimibles de hilaridad ante las reiteradas torpezas del profesor.

Esta actitud, que rayaba en lo exasperante, se extendía a los debates políticos estudiantiles. No militó bajo bandera política alguna en su época de estudiante. A todos fustigaba, eso sí, con una dosis de sarcasmo por la "perdedera de tiempo" en la defensa doctrinaria de una u otra posición sobre el carácter del modo de producción, el tipo de revolución, el papel de la vanguardia, la inevitabilidad de la dictadura proletaria, la alianza obrero campesina. "Mejor póngase a leer, compañero", era su usual colofón.

Chucho y sus coetáneos con inquietudes culturales y políticas formaron en la universidad sus propios círculos de estudio y discusión, encontraron intereses intelectuales afines con otros estudiantes y profesores, y compensaron las fallas del proceso pedagógico formal con la biodiversidad que brotaba en el *campus*.

Manifestaciones de esa especie de pertinaz vitalidad en el Departamento de Economía fueron la creación del Centro de Estudios Económicos, CEE, y del Centro de Estudios de Teoría y Política Económica, CETEPE, a finales de los sesenta. Creados por estudiantes, ninguno de ellos tuvo larga vida. El CEE se lanzó con una histórica conferencia de Antonio García en el aula máxima de Derecho y el CETEPE, con un artículo mimeografiado del economista disidente checo, Ministro de Economía en la era de Dubcek, Ota Šik: un verdadero desafío a las verdades oficiales de la izquierda. A comienzos de los setenta se creó la Fundación FINES, cuyos miembros son economistas egresados de la Nacional y que en una época tuvo influencia en algunos círculos de estudiantes y economistas. Su presidente honorario fue el profesor Lauchlin Currie, Director del Departamento de Economía durante el primer semestre de 1967.

De FINES queda un par de memorias de Seminarios, un bien inmueble y el rescoldo, todavía tibio, aún recuperable, de una comunidad académica que sucumbió al conjuro del trabajo asalariado o 'independiente' de sus miembros. Bejarano escribió parte de su "Historia económica y desarrollo" bajo el *overhead* de FINES, a mediados de los ochenta.

Chucho y un pequeño grupo de condiscípulos hicimos seis cursos semestrales electivos de Marx bajo la dirección de Humberto Molina. Con él leímos mucho (y escribimos muy poco) e hicimos un buen ejercicio académico, lejos de manuales, textos de divulgación y afanes por encontrar fórmulas apresuradas de redención revolucionaria.

El profesor Currie pasó como un destello por las aulas de Economía. Pero su influencia intelectual y pedagógica, conseguida por fuera de la enseñanza formal, ha sido profunda y perdurable. Bejarano siempre guardó respeto por Currie, en quien reconocía a un maestro excepcional.

III

Tuvimos profesores muy buenos; lamentablemente, muy escasos. Pero la deficiente enseñanza formal de la que fuimos víctimas escondía el problema fundamental, que ha sido la peste de nuestra profesión: el formalismo y la esterilidad del pensamiento económico moderno.

Desde cuando ingresó al cuerpo docente, Bejarano hizo importantes contribuciones a la discusión de ese problema y a la búsqueda de alternativas pedagógicas concretas; quizá sean las más elaboradas y coherentes, en particular las que publicó o divulgó en los últimos cinco años de su vida. Pero, en Colombia, las bases tradicionales de la visión económica siguen incólumes, y la enseñanza no se ha transformado mayor cosa. Se perciben sí, en algunas universidades, particularmente en la Nacional, intentos de romper con los viejos patrones pedagógicos que podrían llegar a buenos resultados. Y no hay duda de que entre los sesenta y los noventa ha habido un gran progreso en la enseñanza de la economía en el *alma mater*. Ojalá el doctorado en economía llegue a jugar un papel más protagónico.

En los años setenta y ochenta, Chuchó participó, junto con otros profesores, en una larga y pugnaz discusión sobre el *currículum* y el método en la Facultad de Ciencias Económicas de la Nacional, que condujo a reformas importantes del *pénsum* y las prácticas pedagógicas; el debate impulsó nuevas líneas de investigación en economía colombiana e historia económica de Colombia.

En esas discusiones, sus primeros pinos, Bejarano prosperó como pedagogo, polemista, explorador de la teoría económica. Provisto de un extenso y sistemático bagaje literario, se afirmó como analista preciso y brillante y como formidable contradictor de los pocos participantes activos en los debates; cruel y arbitrario en sus estocadas verbales, no tan feroz ni tan truculento como algunos de sus adversarios, que no eran muchos, por cierto. El principal fue Salomón Kalmanovitz. Esta pequeña historia merece un narrador que recopile antecedentes y se apoye en las fuentes documentales de ese período.

Esa discusión contribuyó a delimitar el campo académico de la economía en el país y a definir lo que había que enseñar a los estudiantes. Fue una catarsis que aún no comprendemos. Se debatió, con mucha pasión, si el estudio formal de los autores paradigmáticos debía remplazar a la enseñanza de manual; si la economía de América Latina era o no un objeto de estudio específico y prioritario frente a las corrientes de pensamiento que se enseñaban en las universidades de los países desarrollados; si la teoría de la dependencia, el marxismo y el estructuralismo cepalino debían tener precedencia sobre la teoría neoclásica del crecimiento; si el uso de las matemáticas era válido como vehículo del conocimiento económico. Y, también, cómo lograr que, los estudiantes “formaran callo en el dedo del corazón de tanto escribir”, como decía Kalmanovitz.

Pero el corazón tiene razones que la razón no entiende y de allí no surgió una comunidad académica perdurable. La inmensa mayoría de los profesores no produjo trabajos escritos sobre los temas en discusión. Era una espectadora pasiva de unas justas que desembocaron en la calificación y descalificación de la personalidad, el temperamento y la estirpe de los contrincantes estelares, en acusaciones mutuas de ignorancia, de limitaciones y ‘estigmas’ sociales, idiomáticos o ideológicos. Faltó trabajo intelectual colectivo; fue notable la falta de figuras tutelares, de un ‘consejo de ancianos’ que arbitrara y pusiera algún orden en el campo de batalla. Faltó Lauchlin Currie, quien dejó demasiado pronto la Nacional. El egocentrismo de los actores principales —incluido el de Bejarano— no era abono para multiplicar los frutos.

Un caso al canto: el trabajo más importante en teoría económica escrito en el país en los ochenta es el libro del Profesor Homero Cuevas, *Valor y sistema de precios*, publicado por el Departamento de Economía en 1980, y en una segunda versión mejorada, en 1986, por el Centro de Estudios para el Desarrollo, CID. Infortunadamente, esta línea de investigación de Cuevas no tuvo el reconocimiento ni la proyección que merecía, como resultado de las descalificaciones *a priori*, algunas de ellas realmente malévolas, de las que fue víctima. Y como

nadie es profeta en su tierra, el libro de Cuevas mereció más atención en el exterior.

Además, muchos hombres y mujeres que terminaron estudios entre 1965 y 1975, que contaban con atributos para dedicarse por completo al trabajo académico, tenían urgencia de una "acumulación originaria de capital personal" (paráfrasis de Chucho). Y se lanzaron a una tediosa y tremenda rutina de docencia en universidades privadas o consiguieron puesto en el gobierno o entraron en la consultoría para quedarse allí.

IV

Las deficiencias del pensamiento económico prevaleciente desde los años cincuenta, que Chucho señaló de una forma u otra desde finales de los sesenta, se destilan en lo siguiente:

1. La excesiva formalización de las abstracciones de la teoría económica, derivada de su evolución hacia una teoría de la elección entre usos alternativos de unos recursos escasos, para alcanzar fines ilimitados y plurales según las preferencias del 'agente económico'. Así, el pensamiento económico se limita a identificar los resultados más 'eficientes' del proceso de elección.
2. La elección ocurre en un mundo en el que los instrumentos del mercado, es decir, los vehículos de la maximización, son los mismos en todas partes y operan de modo perfecto. Las instituciones concretas de los mercados, es decir, las reglas del juego entre los protagonistas de los intercambios, las normas dadas por la tradición cultural y por las leyes, las formas contractuales acordadas, las reglas de cumplimiento de los contratos y los costos reales de las transacciones desaparecen del horizonte analítico de la economía.
3. Con ello también desaparecen los conflictos políticos propios de las sociedades capitalistas, y sus procesos de solución. La supresión de 'lo político' en aras de una supuesta precisión exime a los economistas de definir el interés público en términos de las relaciones de poder y los lleva a concebir a los agentes y a los procesos políticos de decisión macroeconómica como objetos de otra 'ciencia', menos madura, menos formalizable en proposiciones matemáticas, menos exacta, menos universal. Y se propone que las demás ciencias sociales adopten a la economía como su gramática universal.

Así, el desarrollo de la disciplina económica llega a un punto muerto y se convierte en un ejercicio irrelevante y sin valor social. Con toda razón, Chucho imprecaba contra la arrogancia de quienes practican la profesión con esos precisos, pero romos, instrumentos teóricos y los llamaba a la modestia, al realismo y a mirar con mayor respeto a las otras disciplinas sociales, incluida la política. Esas tres deficiencias sintetizan la visión crítica e irónica que Bejarano tuvo de la teoría económica desde cuando era estudiante y su apremiante insistencia

en que ésta debía “hibridarse” con otras disciplinas. Sus escritos y su dedicación a la enseñanza a lo largo de tres décadas —y los cambios de énfasis y de perspectiva que son naturales en quien hace preguntas y no queda satisfecho con las respuestas— constituyen una excelente semblanza de un filósofo liberal en cuya andadura no se dejó adscribir a posición dogmática o reduccionista alguna. La feroz independencia de Chucho fue su armadura.

V

El desencanto de Bejarano ante la crisis del pensamiento económico lo indujo a un temprano viaje a la historia y la historiografía, en busca de un suelo más firme. Tengo la impresión de que se sentía más a gusto entre historiadores que entre economistas.

Su entusiasmo y su alivio con la historiografía fueron evidentes. De manera muy poco usual en él, se declaró discípulo de Germán Colmenares; apreciaba en alto grado la amistad que le profesaban Álvaro Tirado Mejía y Jorge Orlando Melo. Creo justo afirmar que sus estudios historiográficos constituyen el capítulo más sólido de su legado intelectual.

A mediados de la década de los noventa, Bejarano había adoptado una posición muy crítica ante la evolución reciente de la historia como disciplina académica. Su valoración del rumbo de la historiografía en esos años tiene paralelismos con la valoración que hacía de la relevancia del pensamiento económico moderno. En su ponencia en el Congreso de Historia de 1997 —su último trabajo escrito como historiador— titulada “Guía de Perplejos”, equiparó el estado del arte a un auténtico “naufragio”. Pero su comentario no se refería a la historiografía colombiana, “cuya situación actual tiene unas explicaciones más o menos obvias, sino [al] estado de la historia como disciplina”; la investigación histórica, según él, había entrado en decadencia, como resultado de las tendencias que se perciben “en el mapa de las corrientes intelectuales de hoy, en el predominio del relativismo postmoderno”.

Advertía también en la evolución de la historia como ciencia, la misma tendencia al irrealismo, la falta de pertinencia y la incoherencia del pensamiento económico, en ambos casos como resultado de graves deficiencias conceptuales y de la pérdida de valor social en el talante contemporáneo del pensamiento ‘occidental’.

Pero encontraba motivos para el optimismo. En las tendencias actuales de las ciencias sociales percibía una creciente inclinación a la hibridación, al diálogo entre disciplinas especializadas, y para él esa actitud podría llevar a restablecer la “utilidad de la historia en la acción política”.

En particular, escuchaba buenas noticias procedentes de la disciplina económica, algunos de cuyos practicantes de mayor prestigio universal (para Chucho, el premio Nobel era un símbolo inmejorable de prestigio) clamaban por introducir las instituciones y la historia como paso necesario para reconstruir

la economía como instrumento científico. Su entusiasmo por la nueva economía institucional era contagioso. Y quizá habría sido su motivación intelectual en los años siguientes.

Como rememoración de Bejarano, cito el siguiente pasaje de “Guía de Perplejos”, que ha de dejar perplejo a más de uno:

Por lo menos en el campo de la historiografía económica y social, el pensamiento marxista sigue planteando las cuestiones e hipótesis más básicas con las que abordar el pasado y el presente; es esa tradición a la que hay que volver, la tradición marxista del análisis de clase, de la privatización de la propiedad como proceso histórico, de las relaciones entre la base socioeconómica y la super estructura ideológica y política, relación que ha demostrado ser extraordinariamente flexible y sorprendentemente adaptable a todo tipo de condiciones imperiales, coloniales, etc. Cristopher Hill ha señalado ya con suficientes razones que el tercer mundo todavía no puede permitirse el lujo de proclamar la muerte de la historia ni menos aun la muerte del marxismo. La situación actual en los estados nacionalistas y en los antiguos estados coloniales ha provocado un renacimiento, más que una disminución, de los estudios de orientación marxista, en la medida en que la homogenidad de los procesos de descolonización sigue provocando mayor interés en las posibilidades de sus análisis.

VI

La actitud intelectual de Bejarano —‘hibridar’ para alcanzar una comprensión total del mundo, comprensión que sólo se puede lograr si se mira de frente la realidad, sin concesiones al simplismo, a la estulticia, y a la falta de verificación de los hechos— es también el fundamento de sus trabajos sobre el conflicto armado, la violencia en Colombia, los caminos de la negociación política, la construcción de una nueva nación y de un nuevo Estado colombianos. En el conflicto social que asuela a la patria, pensar ya es peligroso y produce enojos. Fue un enojo torvo y letal de algunos enemigos de la inteligencia el que segó a destiempo la vida de Chucho. Con calma, sin apresuramientos justificables en la ira, pero sin pausa, sus compañeros de generación debemos buscar y encontrar la verdad y la causa del disgusto que le causó la muerte, cuál fue la oportunidad estratégica que alguien, no sabemos quién, percibió al causar la tragedia de arrancarle la vida.

Chucho fue practicante de la ‘lucha de clases’ en las aulas universitarias, escritor de documentos por contrato, funcionario público, conferencista por honorarios, ‘dirigente gremial’. Todo ello puede ser objeto de crónica, comentario, valoración. Pero no puede ser el rasero para enjuiciar su papel en el medio siglo de historia que le correspondió vivir.

Fue profundamente sensible a la crítica con fundamentos y también al ataque trivial y *light*. Pero no se le notaba. Por lo general, estaba exento de dramatismos exteriores, de culteranismos, de erudición abundante en citas oscuras, de dispositivos escénicos para reforzar su oratoria y hacer llegar sus argumentos (o sus insultos) a donde quería que llegaran. Su permanente actitud de observador ‘independiente’ lo llevaba a caminar por el filo de la navaja, entre el cinis-

mo y el misterio. Pensador profundo y liberal, Chucho era también un hombre común y corriente: se preocupaba por su apariencia externa y por el buen vestir, lo fascinaban las finas aguas de colonia y las gafas de sol de marca. Quería ser ministro de Estado, gobernador del Tolima, *persona gravis* en los dudosos corredores del poder en Colombia. Tenía derecho a ser ingenuo y a creer —y hacer creer— que no lo era. Tuvo que haberse sentido muy decepcionado con el resultado, para sus intereses personales, de sus peripecias en la política electoral. Sus últimos aliados de ocasión, incontablemente menores que él, volaron triunfante y galanamente a embajadas de primera clase, lejos del fragor. Como se lo recordó Antonio Hernández Gamarra, conversando con él de aquí al otro lado, su traje se quedó sin estrenar. Ahora está sepultado en Ibagué, muy cerca de Darío Echandía, cuya tumba se adorna con flores de plástico.